

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 9 ptas. EXTRANJERO, 12 ptas.

SUMARIO

	Páginas	
Alcuéscar en la sorpresa de Arroyomolinos (28 de Octubre de 1811)	3	Eduardo Hernández-Pacheco.
Poemas de Otoño.....	11	P. Belloso.
Recuerdos: Aquel chotis castizo.....	13	Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.
¿Sin espadas?	15	Fernando Bravo.
Ciudad de los hombres	16	Juan Delgado Valhondo.
Un maestro de la novela galante: Felipe Trigo, el Extremeño.....	17	Enrique Segura.
Para siempre	23	José María Osuna.
Transcripción del Códice del siglo XVII. Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de Villanueva de la Serena	27	Juan Antonio Muñoz Gallardo. Presbitero.
12 de Octubre: Tres Naos	46	José Maqueda Alcaide.
Cáceres y las falsas etimologías	47	Carlos Callejo Serrano.
Nuestros clásicos: A la esperanza	53	Juan Meléndez Valdés.
Estampas de otros tiempos: Madrid, 1855. Páginas Antológicas: La Melancolía.....	55	«Danhur».
Pueblos de la Alta Extremadura: Valdeobispo	59	Teodoro Llorente.
¿Sonetos? ¿Madrigales?	61	Valeriano Gutiérrez Macías.
Crítica sin hiel	65	Antonio López Martínez.
Luz en la sombra	69	«Un Aprendiz de Hablista».
Necrológicas: Don Joaquín Muñoz Casillas y Don Emilio Herreros Estevan..	73	Vicente Neria.
Un reloj antiguo	75	Valeriano Gutiérrez Macías.
España lírica: El tesoro de Juan de la Plata.....	78	Baldomero Díaz de Entresotos.
Sólo el poeta!	79	Manuel Ostos Gabella.
Mirador: Crónica	81	«Amenofis».
Actualidad Provincial	83	«Curio O'Xillo».
Recensiones	86	Valeriano Gutiérrez Macías.
Noticia de Revistas.....	87	«Omar el Zegri».
Concurso de Prensa y Radio (Ayuntamiento de Barcelona)	89	J. Canal.
Láminas	91	

Nuestros artistas: «La Cancilla», por Jose Antonio Navarro, y Fotos Javier y Callejo.



ALCANTARA



D. Legal CC - 26 - 1958

Año XV

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE 1960

Núm. 137

Alcuéscar en la sorpresa de Arroyomolinos

(28 DE OCTUBRE DE 1811)

Por EDUARDO HERNANDEZ PACHECO

Observación previa.

CL pasado verano el pueblo de Arroyomolinos de Montánchez recibió la visita del Jefe actual del regimiento inglés, que formando parte de la división angloportuguesa, al mando del general Hill, tuvo destacada actuación en la memorable sorpresa de la batalla de Arroyomolinos, el 28 de Octubre de 1811.

Esta batalla tiene en cierto modo carácter simbólico, pues en ella actuaron las tres naciones aliadas: España, Portugal e Inglaterra, contra el poderío de Napoleón.

Los ingleses la dan gran importancia (y en efecto, la tiene); figurando el nombre de «Arroyomolinos» en la gran columna elevada en honor y memoria de Wellington, en Trafalgar Square, de Londres. El regimiento inglés referido celebra los aniversarios de la batalla con actos conmemorativos.

El capitán José M. de la Puente, del Gobierno militar de Cáceres, acompañó al comandante del ejército inglés W. A. Pakenhan, en concepto de intérprete, en la referida visita al campo de batalla y al

dicho pueblo de Arroyomolinos, tomando algunos datos de la localidad.

Según me comunicó en el mes de Mayo, tenía en preparación un estudio de la batalla, para publicarla en revista técnica de carácter militar, para lo cual me pidió datos respecto a la actuación en la contienda bélica, y biografía de mi abuelo el brigadier Pacheco y noticias de los trofeos de la batalla, que se conservan en mi casa de Alcuéscar.

Ante tales deseos me ofreci totalmente a su disposición, enviándole por adelantado copia inédita del presente relato para que lo utilizase como si estuviera publicado. Como estas notas tienen también interés general, las remito para su inserción en la revista «ALCÁNTARA».

El brigadier Diego Pacheco.

El brigadier Diego Hernández-Pacheco, o Diego Pacheco (que era su denominación más usual) procedía de una familia de hijos hidalgos acomodados de Alcuéscar (Cáceres), labradores y ganaderos. Fué el único hijo varón del matrimonio Diego Hernández-Pacheco y Catalina Antillano Jara. Nació en 1788. Casó en Alcuéscar, al regreso de su estancia en América, donde alcanzó el empleo de brigadier, con Gerónima Pavón Cáceres. Falleció en su villa natal, el 8 de Diciembre de 1844; dejando cinco hijos varones; el menor de los cuales, Francisco Hernández-Pacheco, siguió la carrera de las armas, y fué durante diversos años Coronel Gobernador Militar de Cáceres, retirándose al ascender a General de Brigada, a su villa natal de Alcuéscar, en donde falleció.

En 1808 el joven Diego Pacheco era estudiante de Filosofía en la Universidad de Salamanca. Al producirse en Madrid los sucesos del dos de Mayo, e iniciarse el Alzamiento Nacional, regresó a Alcuéscar y se presentó soldado voluntario, trocando los libros por las armas e incorporándose al Ejército Nacional contra el invasor.

Las «hojas de servicio» del brigadier Pacheco, son varias y permiten formarse clara idea de su historia militar. La de fecha de 1815 comprende, desde su ingreso como soldado distinguido el 6 de Junio de 1808 y la duración de la guerra de la Independencia, terminada la cual marchó voluntario a América en la expedición del general Morillo.

La copia literal de la citada hoja de servicios dice lo siguiente:

«En la última guerra contra la Francia y en ella fué comisionado por el Excmo. Sr. D. Antonio de Arce para internarse en el ejército enemigo cuando se hallaba en las inmediaciones de Badajoz, cuyo arriesgado servicio ejecutó con bastante tino, trayendo noticias verdaderas del número de todas armas, situación y movimientos de los

enemigos dirigiendo también a varios prisioneros del enemigo, a incorporarse al Ejército Español».

«Igualmente ha sido comisionado por la Junta Superior de Badajoz y por el Excmo. Sr. Marqués de la Romana, con el indicado objeto, y habiendo evacuado su comisión exactamente, consiguió certificación de las tres dichas autoridades».

«Se halló en la acción de Arroyomolinos en 28 de Octubre de 1811.—En la de Espartinas el 15 de Abril de 1812.—En la retirada de Alcalá de Henares a Ciudad Rodrigo, desde el 1.º hasta el 23 de Noviembre del mismo año.—En la gloriosa batalla de Vitoria el 21 de Junio de 1813.—En las acciones ocurridas del 25 al 31 de Julio del mismo año, en el puerto de Baztetea en persecución del enemigo hasta la raya de Francia.—En la que se dió sobre Ezpelette; en el reconocimiento del río La Nive el 12 y paso del mismo el 19 de Diciembre.—En el bloqueo de Navarreins, desde el 24 de Febrero hasta el 10 de Mayo del mismo año».

Al ser ascendido a subteniente, se le destinó a la brigada de la que era Comandante General D. Pablo Morillo, a cuyas órdenes sirvió, más o menos, directamente, hasta la terminación de la guerra.

Terminada la campaña de Francia de la guerra de la Independencia en 1814, el entonces Teniente Ayudante Diego Pacheco, siguió voluntariamente la expedición a Ultramar a las órdenes del general D. Pablo Morillo.

La actuación del brigadier Pacheco en América es la más interesante e importante de su historia militar, de la cual hacemos un breve relato, fundamental en su hoja de servicio.

Sus actividades militares comprenden un primer período en el virreinato de Cartagena de Indias (actuales nacionalidades de Venezuela y Colombia). Intervino en la reconquista de la isla Margarita en 1815, y en la pacificación de la provincia de Charcas y ocupación de Jujui y Salta en 1816.

Se trasladó desde los territorios atlánticos a los del Pacífico, en el virreinato del Perú, en donde realizó importantes hechos de armas, desde 1817 a 1821.

En 1822 fué nombrado Comandante General de los Valles; realizando su total y completa pacificación. En la campaña contra el ejército insurrecto que invadió en 1823, el Alto Perú, le derrotó completamente en la batalla de Cepeda del 3 de Agosto, persiguiendo con su batallón al resto de los invasores, haciendo prisioneros a la mayor parte y reembarcando el resto.

En Enero de 1824, marchó con su batallón a Los Valles, en combinación con el Ejército del Sur, derrotando completamente a los insurrectos en la batalla de Talaverillas. El 3 de Diciembre, su batallón atacó a la bayoneta a dos contrarios, haciéndoles pérdida considerable y muchos prisioneros.

El 9 de Diciembre de 1824 se halló en la batalla de Ayacucho, en donde capituló el ejército, y no habiendo querido ser comprendido en la capitulación regresó a España.

La historia de estos hechos y en especial la batalla de Ayacucho, es bien conocida. Se refiere a ella el relato de un testigo presencial, publicado en la «Revista Técnica de Infantería y Caballería», tomo XIII, números X, XI y XII, y tomo XIV, número I. Artículos titulados «Última campaña del Ejército Español en el Perú» (1824), por don Bernardo F. Escudero. Madrid, 1897.

En este relato de la célebre batalla de Ayacucho, se hace referencia elogiosa del brigadier Pacheco, en los siguientes términos: «El general dió algunos pasos más, echó pie a tierra y en extremo enardecido dijo: «No quiero huir, aquí entregaré mi espada». «No faltaba más si no que Ud. abandone al Ejército» (se le dijo) que es aún superior al enemigo, ¡a caballo y pronto! el que le obligó a montar de nuevo fué el Coronel Pacheco, que era también Ayudante de Campo (D. Diego).

La capitulación de Ayacucho fué consecuencia de un error táctico y estratégico, en relación con las características topográficas del terreno de la batalla. En el consejo de guerra que se celebró, preparatorio a la batalla, la gran mayoría se impuso al General Valdés y a su ayudante Coronel Pacheco, que sostuvieron opinión diferente y vaticinaron la derrota.

El destino dispuso que fueran dos extremeños quienes iniciaron y terminaron el dominio español del Perú. El trujillano Francisco Pizarro, y el alcuesqueño Diego Pacheco.

Empleos militares del brigadier Diego Pacheco.

Soldado distinguido.—6 Junio de 1808.

Subteniente.—21 de Abril de 1810.

Teniente Ayudante.—2 de Septiembre de 1814.

Grado de Capitán.—30 de Mayo de 1815.

Capitán.—1 de Junio de 1817.

Grado de Teniente Coronel.—12 de Noviembre de 1818.

Comandante.—26 de Febrero de 1822.

Primer Comandante.—5 de Febrero de 1823.

Grado de Coronel.—22 de Agosto de 1823.

Coronel efectivo.—20 de Mayo de 1824.

Brigadier.—3 de Diciembre de 1824.

Nació en 1788 — Falleció en 1844.

Operaciones militares en relación con la sorpresa de Arroyomolinos.

Para estos efectos consúltese la obra titulada «El Solar en la Historia Hispana», por Eduardo Hernández-Pacheco. Madrid 1952, Capítulo IX, «Guerra de la Independencia. Epígrafes». «Operaciones en Extremadura, sitio de Badajoz» y «Batalla de la Albuera. Sorpresa de Arroyomolinos, y recuperación de Badajoz». De esta obra son los párrafos siguientes:

«Mandaba la plaza de Badajoz el general Rafael Menacho, con 9.000 hombres de guarnición, Soutl con 94 cañones de sitio emplazó diversas baterías, comenzando el asedio el 28 de Enero de 1811, haciendo los sitiados el 30, briosa salida».

«Mendizábal se situó con sus tropas en las lomas junto al fuerte de San Cristóbal, resguardado por la corriente del Guadiana, y de su afluente el Gévora, comunicándose con la plaza por el puente de Palmas y el vado inmediato. El 6 de Febrero entró en Badajoz la infantería de Mendizábal y junto con las tropas de Menacho atacaron a los sitiadores, destruyéndoles algunas baterías, e inutilizando diversidad de cañones. A los dos días salió Mendizábal de la plaza desembarazándola de gente inútil para resistir el asedio, regresando al campamento inmediato a San Cristóbal, en donde desoyendo los consejos de Wellington, descuidó el fortificarse, confiando en el resguardo que proporcionaban la corriente del Guadiana y la del Gévora».

«El 11 de Febrero consiguieron los sitiadores apoderarse del fuerte de Pardaleras, defensa destacada de la puerta del Pilar, adelantándose las baterías de asedio. Mendizábal continuaba en el campamento de San Cristóbal, sin cuidar de fortificarse convenientemente».

«El 18 de Febrero la crecida de los ríos menguó lo suficiente para que pudieran vadearlos la infantería del general Mortier, el cual con fuerzas suficientes de caballería y de infantería, pasó sigilosamente de noche los ríos, atacando al descuidado Mendizábal, el cual aunque se defendió formando dos grandes cuadros, sufrió gran derrota, dislocándose y dispersándose las fuerzas, acogiéndose la división Morillo (en la que iría el subteniente Diego Pacheco) a la cercana plaza de Elvas».

«En otoño de 1811, Wellington y Castaños, generales en jefe, respectivamente, de los ejércitos angloportugueses y españoles, tenían sus fuerzas a lo largo de la frontera de Extremadura, en observación de las tropas de Girard situadas en Cáceres, las cuales, en un reconocimiento cercano, destruyeron a cañonazos e incendiaron el convento y caserío de Zamarrilla, residencia campestre primaveral de las familias cacereñas: situada en las márgenes del Salor, a mitad de distancia entre Torquemada y el puente de la calzada romana. Mori-

llo con su división (en la que iba el subteniente Diego Pacheco), campear por el territorio ocupado por los franceses, inquietándoles y causándoles daños».

«Castaños, propuso y consiguió de Wellington que Hill con su división angloportuguesa viniera a Extremadura y en unión de los españoles atacaran a Girard. Para tales efectos, el 24 de Octubre de 1811 se concentraron en la Aliseda (situada en la Sierra de San Pedro, entre la frontera y Cáceres, y a unos 30 kilómetros de la capital) la división de Hill y las de Morillo (en la que iba el subteniente Diego Pacheco) y la de Villemur, al mando de Girón, segundo de Castaños. Girard se había retirado de Cáceres y estaba situado en Arroyomolinos para pasar al valle del Guadiana y a Mérida, creyéndose en aquella localidad suficientemente alejado de los aliados, que le molestaban con sus frecuentes y súbitas acometidas».

«El 27 de Octubre llegaron las tropas aliadas a Alcuéscar, y antes de amanecer el 28 de Octubre de 1811, avanzaron sigilosamente por los cinco kilómetros escasos, de camino que las separaban de Arroyomolinos, donde estaban los franceses, que no sospechaban tuviesen tan cerca al enemigo».

«Una brigada francesa había marchado al ser de día en dirección a Mérida y al salir el sol se preparaba otra para marchar. La sorpresa de Girard fué grande, se vió cercado por una división que interceptaba el camino y el resto que atacaba el pueblo, cogiendo a la que salía, entre dos fuegos, salvándose Girard con algunos pocos, trepando por los riscos de la sierra, perseguidos por los de Morillo».

«Los franceses dejaron en poder de los atacantes toda la artillería y los bagajes, haciéndoles 400 muertos, y entre éstos, el general Dambrowski, y 1.400 prisioneros, contándose entre ellos el duque de AreMBERG, al general Brun y gran parte de los mandos y oficialidad. Los atacantes tuvieron 71 bajas de angloportugueses y 30 de españoles. La brigada que había salido al amanecer estaba lejos del campo de batalla y se enteró de la derrota al llegar a Mérida. Las divisiones españolas se establecieron en Cáceres».

Testimonios de la tradición.

El testimonio de la tradición, es generalmente poco de fiar, pues con facilidad se altera y modifica la transmisión del recuerdo si no está reforzado por escritos de historiadores, arqueólogos o eruditos. Por lo común el conocimiento de los sucesos, aún los de gran importancia y de carácter general, no alcanza más allá de la cuarta generación, si son tan solo transmitidos por tradición.

En el caso presente la tradición recogida por el autor de esta crónica tuvo como más fundamentales y antiguas fuentes de conocimientos, las siguientes:

a) La abuela Gerónima, o sea, la brigadiera, la cual tenía acentuada la característica femenina de no dar demasiada importancia a lo épico y a lo heroico.

b) El matrimonio del tío Juan Campos y su mujer la tía Olalla, la cual había sido niñera de la brigadiera. Ambos esposos eran pequeños, secos y arrugaditos y muy afectos a la casa del brigadier.

c) El tío Lobino, era el más conspicuo y explícito. Nacido el año primero del siglo XIX, había sido monaguillo de la iglesia parroquial de Alcuéscar, durante la invasión napoleónica. En sus últimos años de octogenario, el Ayuntamiento le tenía recogido y al cuidado de la casilla que había sido hospital, situada junto a la escuela pública, a la que asistió de niño el cronista del presente relato (que nació el 23 de Mayo de 1872).

El tío Lobino presumía de mucha memoria y fué muy afecto y agradecido a la casa de los Pachecos.

Los principales datos procedentes de las susodichas fuentes informativas, son las siguientes:

Las tropas francesas acamparon entre los olivares que rodean al pueblo de Alcuéscar, y para preparar sus ranchos cortaron y desmocharon olivos. Para evitar tal destrozo, los vecinos les llevaron abundantes cargas de leña; atajándose el mal, sin explicación alguna.

El tío Lobino contaba, que cuando la francesada, él era monaguillo, y estándose diciendo misa, penetró en la iglesia un gran grupo de soldados franceses y uno de ellos, con un pito largo, le dió un golpe en las piernas que tenía desnudas; él se asustó y gritó, los soldados rieron y un oficial regañó al músico.

Las tropas francesas estuvieron tres días en Alcuéscar y al cuarto se marcharon a Arroyomolinos.

Algunos días después llegaron las tropas españolas, inglesas y portuguesas, que se alojaron en el interior del pueblo, al que se cercó con un cordón de soldados y varios vecinos, impidiéndose salir a nadie. Se ordenó no encender fuegos ni luces visibles de noche. A un grupo de caballería de vanguardia, se envolvió con trapos parte de las vainas de los sables, para que no sonase el golpeo con los estribos.

El subteniente Diego Pacheco formó en el grupo delantero de guías, conocedores del terreno. Se salió y avanzó por el camino de Arroyomolinos, antes que amaneciese, y sigilosamente. Al llegar a la barrancada del Aljucén, cerca de Arroyomolinos, fácil de defender su paso, se observó que no había avanzadilla ni centinela del enemigo. Las tropas se dividieron en dos porciones: Una hacia la derecha para cortar el camino de Arroyomolinos a Mérida, y otra al cabo de un rato, siguió por el que conduce de Alcuéscar a Arroyomolinos, pueblo situado al pie de las sierras y en llanura.

El trofeo.

Al día siguiente de la sorpresa y total derrota del ejército francés en Arroyomolinos, el subteniente Diego Pacheco, autorizado por sus jefes, marchó a Alcuéscar a casa de sus padres, en donde descansó y al otro día se incorporó a su destino.

Llevó como trofeo del combate un magnífico y gran sable de caballería, que entregó a su padre, diciéndole: «Guárdelo y consérvelo como recuerdo, pues es inadecuado por su tamaño y características para ser usado normalmente por mí, pues además de su tamaño, es de caballería y yo soy oficial de infantería».

Este sable, juntamente con otras armas y recuerdos del brigadier Pacheco, se conserva actualmente en la casa solariega de los Hernández-Pacheco, en Alcuéscar.

Es un arma magnífica, grande, fuerte, ligera y manejable sin esfuerzo ni dificultad. Empuñadura elegante y cómoda, de metal dorado, artísticamente labrada y cincelada, como asimismo las abrazaderas y anillas de la vaina. En la hoja tiene fuertemente grabado un letrero que dice: *Vive le roi*.

No es un arma de fabricación en serie, ni de tipo uniforme y corriente.

Indudablemente perteneció a un jefe de categoría. La inscripción grabada no indica sino su antigüedad, de poco más de un decenio anterior a Napoleón y al tormentoso período republicano. Es arma de abolengo. ¿Sería del duque de AreMBERG? ¿Del general Brun? ¿De cual de los muertos o prisioneros en Arroyomolinos?

**POEMAS DE OTOÑO**

Por P. BELLOSO

«Y el cielo está más en la mano».

J. D. Valbono

Casi está ya metido en esta mano
como una alondra que encontró su nido.
Este cielo, otras veces tan lejano,
Otoño me lo trajo enternecido.

Este cielo asomado a mi ventana
tiene ojos de niño pordiosero.
¿Quién de los dos pedía esta mañana
la limosna otoñal? ¿Quién fué el primero?

El sol es amarillo, soñoliento...
La **mano que acaricia cariñosa.**
Una sonrisa casi sobre el viento.
Casi **un beso de miel sobre una rosa.**

¿Mi corazón? ¿El tuyo? Son dos granos
para sembrarse en surcos paralelos.
Siémbrote yo que estás sobre mí mano,
siémbrame tú en el surco de tu cielo.

«A la altura del hombro» casi tienes
el perfil de mi sombra en el sendero.
Qué temura en mis manos cuando vienes,
otoñal cielo gris, mi compañero!



«En el otoño el cielo se enriquece de nubes».

J. D. Valbono

¡Qué montañas! ¡La luz las tornasola
y las dora y las siembra de violetas!
¿No parece esa nube una amapola?
¿Aquella no es el cuerpo de un atleta?

Esos monstruos con alas, ¿de qué cuento,
de qué historia infantil se han escapado?
Con su látigo azul persigue el viento
a esos monstruos que huyen asustados.

Mira esas nubes blancas: son pañuelos;
son adioses; son besos que nos tiran,
padre Otoño, tus hijas desde el cielo.
¡Ay, mis ojos con lágrimas las miran!

¡Mira a aquellas con mimo y con cariño:
son tan bellas, tan pálidas, tan leves!...
Las pintó con su tiza un ángel niño
en la tarde aburrida de este jueves.